

JESSICA NIETO



Observar y cuidar / Duotono / Ilustración digital / 2023

Para escribir, como para todo acto que realizamos, se requiere de nuestro cuerpo. Esto es obvio, sí; pero escribir, como muchos otros actos que realizamos, es un gesto que suele perderse en su automatismo: una vez que hemos aprendido a ejecutarlo, lo hacemos sin detenernos a pensar o siquiera admirar un poco el hecho mismo de que *podemos escribir*, que al usar nuestras manos hacemos aparecer, ya sea con una pluma sobre un papel, o tecleando ante una pantalla, una serie de formas que traducen nuestras voces y pensamientos en algo visible, legible e incluso, tangible; algo

con un peso y un cuerpo que ocupa un lugar en el espacio. Las letras, las palabras, las grafías, los caracteres, las fuentes, los tipos... cada uno de los garabatos que surgen cuando a la carrera tomamos una hoja y apuntamos algo, lo que sea, es un elemento más *que llega a existir*, y, por lo tanto, *está*. No solemos pensar la escritura como *algo que está o que es*. Algo que, una vez expulsada de nuestro interior, se sostiene por sí misma. Se queda ahí, *sucediendo*, mientras llega el momento de ser leída, o simplemente percibida. Porque la escritura, desde que comenzó a ocupar un sitio, fuera en una tablilla o

en un papiro o en una página de papel o en un muro o en tela o en la virtualidad, no ha dejado de estar ahí. *Siendo*. A pesar de nosotros, a pesar del tiempo, a pesar de los inagotables cambios y giros del lenguaje y los alfabetos, a pesar de nuestros propios cuerpos, que olvidan la maravilla de poder hacer con nuestras manos estas cosas... A pesar de todo, la escritura se mantiene erguida, porque, a fin de cuentas, es una de nuestras expresiones más humanas y no podemos prescindir de ella.

Yo sí creo que la escritura está completamente vinculada con el cuerpo que la ejecuta. No hay de otra. Y que cada escritura está determinada por el cuerpo que habita en ese periodo previo, cuando aún no se materializa sobre un soporte, cuando ella misma todavía no adquiere una forma, un cuerpo, un peso, y es solamente una sombra que se desliza en nuestra conciencia, un eco que resuena con insistencia. Pensamos: quiero escribir sobre esto, y desde que pensamos eso, ya estamos escribiendo. Imaginamos las palabras, las escuchamos, y luego, las hacemos aparecer, les otorgamos apariencia. Hay una frase que leí en uno de estos libros de Gaston Bachelard, en donde vincula los sueños con la creación poética –porque las palabras escritas, ya lo dije, *habitan antes otro sitio*–, y que no recuerdo ahora de quién es –de

Cada escritura está determinada por el cuerpo que habita en ese periodo previo, cuando aún no se materializa sobre un soporte

qué cuerpo—, y dice: “Las palabras sueñan que se las nombra”. Justo eso es lo que ocurre: las palabras esperan a ser nombradas, escritas. Sueñan que suceden. Ah, es muy bello pensarlo así; ojalá cada que escribiéramos lo viviéramos de esta manera, como un acontecimiento único.

Pero no suele ser así: escribir se entiende en muchas ocasiones como algo complicado, tedioso, cansado. Porque sí, se nos cansan las manos, ya sea que escribamos a mano o tecleemos. Se nos cansa la espalda por pasar horas sentados. Se nos cansa la vista por fijarla en eso que va brotando frente a nuestros ojos, letras y letras, caracteres y caracteres, que debemos acomodar, darles estructura, orden. Precisamente, ahora que lo estoy haciendo, siento el golpeteo de mis dedos sobre las teclas, pero no veo el teclado sino el monitor, porque mi sentido espacial ya ubica muy bien en qué tecla está qué letra, y lo único que requiero es confirmar, al tiempo que aparecen las formas en el documento, que estoy presionando la letra correcta, que esta secuencia va adquiriendo un sentido, pero sobre todo, va conformando una mancha textual destinada a ocupar un espacio: el de es-

ta columna, en esta revista. Y cuidar de esto, me distrae. Nos distrae. Nos hace suponer que esto es escribir, esto, solamente, esta acción. Pero no es así. Esto es solo un gesto más de la escritura, el que tiene que ver con su corporeidad, con su materialización. Insisto: escribir es además otra cosa, ocurre en varios momentos, y desde que comienza a acontecer, en nuestros cuerpos, debiera ser entendida como algo que estamos creando, algo que no existía antes hasta que lo nombramos. Hasta que nuestra mano la piensa.

Esta última frase no es mía, la tomé del título de un libro de Juhani Pallasmaa que leí hace un par de años: *La mano que piensa. Sabiduría existencial y corporal en la arquitectura*. En este ensayo, Pallasmaa sostiene que es a través de nuestras manos que desarrollamos las destrezas para reproducir, a través de ellas y gracias a ellas, lo que se genera en nuestro pensamiento: la idea, la imagen, la palabra. Pallasmaa dice: “Las manos del pintor no solo reproducen la apariencia visual del objeto, de la persona o del acontecimiento (observado, recordado, imaginado); la mano perfecciona la tarea imposible

de recrear la esencia misma del objeto, su sentido vital en todas sus manifestaciones sensoriales y sensuales”. Pallasmaa nos invita a entender la relación total de nuestro cuerpo con todo lo que nos acontece y con todo lo que hacemos acontecer. Que nuestras manos, por ejemplo, no son meros instrumentos que obedecen un impulso del cerebro: nuestras manos son, finalmente, las que le otorgan una apariencia a aquello que nos resonó como un soplo en la conciencia. Cuando escribimos a mano resulta muy evidente: los trazos de una persona nunca se parecerán a los de otra: dependen de cada mano, de cada cuerpo. ¿Y esto no es maravilloso? ¿Y si lo es, por qué solemos olvidarlo? ¿Por qué separamos ciertos actos, por su naturaleza creativa o intelectual, de los demás actos que nos signan como humanos, pero sobre todo, como cuerpos que estamos, que somos? La escritura sucede en nosotros desde que la imaginamos, desde que la soñamos, como cita Bachelard. Cuando llega a nuestras manos —qué hermoso visualizar a la escritura pasando por nuestro cuerpo, como torrente sanguíneo— y la hacemos aparecer, ¿no deberíamos detenernos un momento, solo para tratar de asirla por última vez, antes de que llene esta hoja, y ya no podamos hacer nada, más que dejarla ahí, dejarla ser?